

«EL TESORO DE ABIGAÍL»



Aunque el nombre de la distinguida escritora la señorita doña Magdalena Santiago Fuentes no fuera ya conocido en el país basco por sus libros publicados anteriormente; aunque ya en diversas ocasiones ha dedicado su pluma á ensalzar á esta vieja tierra foral, cuyos artículos encomiásticos y ricos en brillantes descripciones han tenido cabida en los periódicos bascongados de mayor circulación, el nuevo libro, cuyo título sirve de epígrafe, le daría derecho para que la EUSKAL-ERRIA dedicara en sus páginas un lugar á la correcta publicista.

El escritor nunca debe olvidar que solo se ha de escribir para ilustrar el entendimiento y dar paz al corazón.

El espíritu del siglo XIX se condensa en el incansable afán de hablar de todo, y de discutir y analizarlo todo, hasta los axiomas y verdades reconocidas de antemano por la ciencia ó dogmatizadas por la fe, sometiéndolas de nuevo al martirio de la crítica más escrutadora.

Ese hecho es exacto, por más que no lo entienda en el sentido de que para la generalidad signifique el vehemente deseo de una profunda ilustración. Por desgracia, hoy, la cuestión es producir y vender, sin reparar en la calidad de lo que se produce y se expende, pues lo esencial es lucrar; y al industrialismo literario, que todos conocemos, importa muy poco ó nada el perturbar los entendimientos y emponzoñar las conciencias con tal de ganar dinero. La mecánica se ha dado, por su parte, tanta prisa para inventar medios de reproducir con rapidez y abundancia cuanto la locuacidad del siglo se la da en vaciar palabras que se impriman.

De aquí esa prodigiosa multiplicación de mercados para cuanto se publica: de aquí el prurito que todo el mundo tiene de escribir de cuanto se le antoja, y la correspondiente manía de leerlo todo, bueno y malo: de aquí esa universal impaciencia con que juzgándose todos aptos para cualquier cargo, por difícil que sea, aspiran á salir de su esfera, de repente, sin condición alguna y sin detenerse en medios. La

cuestión es enriquecerse y dominar á los demás. Todo lo que ésto no sea no es saber.

He ahí el origen de las perturbaciones políticas y sociales que traen revuelta á la nación con ese diluvio de sistemas de política y de educación, capaces de trastornar al mundo entero. He ahí, también, la causa de ese enflaquecimiento del principio de autoridad que, según ha dicho un escritor, hace llorar á la Iglesia heregías y á los soberanos rebeliones sin cuento. Y esto es natural: cada hombre cree tener en su sola razón todo lo que necesita para su espíritu y para su cuerpo y, por tanto, se comprende la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia, que reprime los extravíos de la razón, y contra la autoridad del Estado, que castiga los desenfrenos de la voluntad.

Tiempo ha se dijo por el corifeo de los impíos modernos que «los pueblos forman las revoluciones, pero que las preparan las doctrinas». Esta declaración, salida de boca de aquel que en su eterno sarcasmo miraba como objeto de burla cuanto hay de más sagrado para el hombre y contestada por los obreros de su escuela cuando, embriagados con el delirio frenético del mal, clamaban, saboreándose en la ejecución de sus planes: «no ha visto todo lo que ha hecho, pero ha hecho todo lo que vemos,» grabada después con caracteres de sangre en toda Europa, no deja ya duda, aun á los más insensibles, de la importancia de propagar los principios del bien para la tranquilidad del mundo. Si los que están destinados á dirigir los entendimientos y dominar la opinión de un pueblo son leales á su misión, es imposible que ese pueblo esté avasallado por el error, pues los manantiales públicos serán entonces puros y las aguas que de ellos corran llenarán á larga distancia la vida y la fecundidad. Por eso el primer deber de todo escritor es luchar contra el devastador torrente de los errores: dejarse arrastrar por ellos es hacer un papel tan fácil como vergonzoso, que ni supone ingenio ni virtud; es desconocer la dignidad de la vocación; es vender cobardemente su puesto; es no saber que el talento como la autoridad solo se han dado al hombre para el bien general, y que es tan ilícito abusar del entendimiento para corromper como del poder para oprimir.

El débil Malheshervas llorando, cuando ya era tarde, ante el caldoso de Luis XVI la imprudente protección que había dispensado al autor de *Emilio* y de *La Nueva Eloisa*, y el usurpador de Nápoles implorando en sus últimos días la voz de Pió VI para tranquilidad de la nación que había perturbado con sus funestas reformas de

enseñanza pueden servir de ejemplares que no deben perder de vista los gobiernos, principalmente en lo que se refiere á la urgentísima necesidad de salvar á la juventud entre tantos escollos, porque en ella hay que buscar la esperanza de la regeneración social. Esa edad es la época de las pasiones tempestuosas y de los tristes naufragios, pero también lo es de la franqueza y de los sentimientos generosos: período en que, á pesar del extravío, más que como á enemigos de la virtud debe considerarse á los jóvenes como á sus inexpertos desertores.

Estas reflexiones, que no son nuevas ni han dejado de ser publicadas muchas veces en una ú otra forma por plumas más autorizadas que la mía, acuden á la mente al leer *El Tesoro de Abigail*, escrito por la autora nombrada, que seguramente se ha inspirado en aquellas para impregnar todas las páginas de su obra en la más alta moral y en los sentimientos más puros y delicados del corazón humano.

El libro, que principalmente está escrito para la juventud, como otras obras de la misma autora, es un hábil y bien pensado desarrollo de las vicisitudes, contratiempos de todo género y amargas infinitas sufridas por dos jóvenes que se aman con entusiasmo, pero á los cuales separa la disparidad de cultos. Nada falta en las brillantes páginas de la obra, ni aun siquiera descripciones notabilísimas, para contribuir á cautivar al lector desde las primeras líneas obligándole á seguir leyendo hasta doblar la última hoja del volúmen.

Consta este de ciento diez páginas impresas sobre magnífico papel y lleva intercaladas en el texto muchas láminas, bajo sencilla y severa cubierta *cartonnage*, con viñeta é impresión en color. El tomo ha sido hecho en casa de B. Herdez, librero-editor pontificio en Friburgo de Brisgonia (Alemania), que cuenta con importantes sucursales en Viena, Estrasburgo, Munich y San Luis (América Septentrional).

El Tesoro de Abigail, narración de Tierra Santa, ha sido aprobado por la censura del Ilmo. y Rdmo. señor Obispo de Huesca, residencia de la autora, y se han hecho dos ediciones del libro, una alemana y española otra.

Reciban la autora y el editor las felicitaciones sinceras por su empresa, altamente moral y eminentemente civilizadora, y de la cual se ha ocupado ya con gran elogio la prensa en general y la de las provincias bascongadas en particular.

JOSÉ COLÁ Y GOTTI.

